



EL DESPERTAR DE LA BESTIA

VOLUMEN 3



DAVID ANNANDALE • DAVID GUYMER • ROB SANDERS • GUY HALEY

minotauro



EL DESPERTAR DE LA BESTIA

VOLUMEN 3

DAVID ANNANDALE

DAVID GUYMER

ROB SANDERS

GUY HALEY

minotauro

El despertar de la Bestia: Volumen 3

Published by Black Library, 2018
Copyright 2024 © Games Workshop Limited

Watchers in Death publicado por Black Library en 2016.
The Last Son of Dorn publicado por Black Library en 2016.
Shadow of Ullanor publicado por Black Library en 2016.
The Beheading publicado por Black Library en 2016.

The Beast Arises: Volume 3, El despertar de la Bestia: Volumen 3,
GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy,
el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer,
Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas,
y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas,
vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o TM,
y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Reservados todos los derechos.
Originally published as *The Beast Arises: Volume 3*.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción:

Watchers in Death, Vigías de la muerte © Rocío Morón González, 2024
The Last Son of Dorn, El último hijo de Dorn © Rocío Morón González, 2024
Shadow of Ullanor, La sombra de Ullanor © Rocío Morón González, 2024
The Beheading, La decapitación © Rocío Morón González, 2024

Ilustración de cubierta: Víctor Manuel Leza Moreno

ISBN: 978-84-450-1727-2
Depósito legal: B. 3.697-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

CONTENIDO

Vigías de la muerte <i>David Annandale</i>	9
El último hijo de Dorn <i>David Guymmer</i>	197
La sombra de Ullanor <i>Rob Sanders</i>	437
La decapitación <i>Guy Haley</i>	629

UNO

TERRA – PALACIO IMPERIAL

El silencio se deslizó por los pasillos y se coló en la mente de Koorland. No es que el ruido escaseara en la cámara, pero el silencio encontró las rendijas entre el siseo del vapor, el chisporroteo de la energía y el chasquido de las mecadendritas. El silencio era fuerte. Estaba lleno de fallecidos y de futilidad. Koorland se preguntó si ese mismo silencio habría cubierto Terra tras la Cruzada Proletaria. Era un silencio más profundo que el duelo, más potente que la desesperación. Llevaba siguiéndolo desde Ullanor. Había estado esperándolo en Terra.

Su peso lo aplastaba.

La cámara formaba parte de una capilla bulbosa, situada en el lado occidental del muro exterior de la Catedral del Emperador Salvador. Se trataba de un espacio ecuménico, una declaración arquitectónica de la equivalencia esencial entre el Credo Imperial y el Culto al Omnissiah. Los Black Templars del Último Muro

habían insistido en que la descriptación de la grabación visual tuviera lugar en terreno sagrado. Su transmisión había estado entre los últimos actos de un Hermano Venerable y había surgido de una batalla en la que habían muerto muchos Black Templars.

La capilla hacía las veces de lugar de culto y laboratorium a un tiempo. Serviría. Los adeptos del Mechanicus hacían pasar los datos por cogitadores, asistidos por siervos de los Black Templars. El aire estaba cargado de incienso.

La operación se llevó a cabo bajo la supervisión de Eternidad. Ahora pertenecía al Último Muro y vestía los colores de los Imperial Fists, pero procedía de los Black Templars. Tenía los brazos cruzados y la cabeza inclinada en señal de respeto.

Koorland observaba desde el fondo de la capilla, junto a Thane. Estaban solos. Eternidad se había negado a permitir que ninguno de los Altos Señores fuera testigo de aquello, y Koorland no lo culpaba. Su presencia habría enturbiado la solemnidad de la ceremonia. Aunque a Koorland no le hacía mucha gracia la religiosidad del ritual, la aceptaba. Y aun si no lo hiciera, habría prohibido la asistencia de los Altos Señores. No había ningún lugar en el que la dignidad y ellos pudieran coexistir.

—¿Alguna especulación? —le preguntó Koorland a Thane.

—No. —El señor del capítulo de los Fist Exemplar habló con un tono lúgubre y apagado. Sonó como un hombre que se estuviera preparando para lo peor.

—Sabemos que es importante. Y ventajoso para nosotros, si ha surgido de una victoria contra los orkos.

—Lo sé —dijo Thane, como si Koorland hubiera señalado lo que más temía.

Koorland no dijo nada más. Thane estaba rodeado por su propio silencio aplastante. Koorland ni siquiera era capaz de disipar el suyo. No había nada que pudiera hacer por el Exemplar.

El silencio se asentó sobre ellos. El cántico de los tecnosacerdotes y el chisporroteo de las descargas de energía no conseguían

atravesarlo. Koorland observó el ritual, pero apenas lo vio. Su visión se estrechó hasta convertirse en un túnel oscuro. Su consciencia se hundió en aquel túnel y él se quedó allí, entumecido. La asfixia que le provocaba el silencio mantenía a raya el lacerante puñal de la pérdida, la culpa y la derrota, por el momento. No era un alivio. Solo una variedad de dolor distinta.

Estaba tan metido en el túnel que al principio no se dio cuenta de que le estaban hablando.

—Lord comandante Koorland —repitió la voz, con un zumbido de su laringe augmética.

Koorland parpadeó. La capilla volvió a rodearlo de golpe. Bajó la mirada hacia la adepta. Se llamaba Segorine. Un racimo de servobrazos segmentados para doblarse como tentáculos surgía de su torso. Su rostro era una máscara de acero dominada por unos ojos compuestos.

—La descryptación está completa —dijo Segorine.

—Gracias —dijo Koorland.

Thane y él la siguieron por el pasillo central de la capilla, hasta donde esperaban los demás tecnosacerdotes. Tras el altar, una enorme pantalla pictográfica parpadeaba llena de nieve.

—Fe —dijo Eternidad.

Koorland esperó.

—Fe —volvió a decir Eternidad—. Eso es lo que estamos a punto de presenciar. Eso es lo que nos otorgará la victoria contra la Bestia.

—Entiendo —dijo Koorland, sin comprometerse.

Segorine estiró uno de sus miembros serpenteantes hasta un panel de control empotrado en el altar. Giró un dial y la pantalla cobró vida. Las imágenes parpadeaban y saltaban, y las bocas de los cañones de las armas de rayos teñían todo de blanco. Las explosiones hacían pedazos la imagen.

Sin embargo, la peor distorsión procedía de la energía psíquica desatada. Koorland vio a los Black Templars a raya, luchando

con todas sus fuerzas contra la horda orka. Vio al psíquico pielverde, cuyo fiero poder parecía destruir la realidad junto con las imágenes. Vio a los Black Templars rezar mientras luchaban. El sonido era un derroche de distorsión, un ritmo chirriante apenas reconocible como disparos. Unos cánticos graves y sonoros se abrían camino a ráfagas, magnificados por los vocotransmisores. Las voces de la fe viajaron más allá de la destrucción y el tiempo para enmarcar su momento de victoria.

Por un momento, el sonido se volvió claro. Los aullidos de los orkos y las sacudidas de los cañones se desvanecieron. Solo quedó la dura oración marcial de los Black Templars. Las llamaradas de energía del hechicero se entrecortaron y luego se expandieron como si hubieran chocado contra un muro. Se doblaron, alejándose de los Space Marines. Koorland se inclinó hacia adelante, atónito. Las arqueadas olas de energía rebotaron y chocaron contra el psíquico pielverde. La bestia abrió la boca de par en par, contorsionando el rostro, y aun así solo se oía el sonido del cántico. Los ojos del orko estallaron. Explotaron en llamas. El fogonazo de energía salió del encuadre de la cámara, completamente descontrolado, y convirtió a todos los orkos en cenizas. La tormenta de energía engulló el cántico. La capilla se llenó de un chirrido de acople devastador y la imagen de la grabación se desintegró.

La pantalla volvió a mostrar nieve y luego se quedó en negro.

—Esa energía visible —dijo Thane lentamente—. No he visto que viniera de los Black Templars.

—No —asintió Koorland—. Venía toda del psíquico orko. —A los tecnosacerdotes les dijo—: ¿Podríais volver a reproducirlo? Despacio.

Lo vieron. Al final, Thane dijo:

—¿Es que los orkos y sus brujos están vinculados?

—Deben de estarlo, de alguna forma —dijo Koorland. No encontraba otra interpretación. La muerte del psíquico había inmolado a la horda.

—Entonces, si nos centramos en sus psíquicos...

—Es una posible debilidad, sí. —Koorland se volvió hacia Eternidad—. Eso no ha sido obra de un solo guerrero, ¿verdad? —Desde luego, no de un bibliotecario. Los Black Templars no permitían psíquicos entre sus filas de hermanos de batalla.

—Eso ha sido la fe de todos mis hermanos presentes en esa batalla —dijo Eternidad—. Una fuerza colectiva.

—Contra un solo hechicero orko —dijo Thane.

—Cuya caída ha destruido a todo su contingente —señaló Eternidad.

—Sí —dijo Koorland—. Sí que lo ha hecho.

Si lo hubiéramos sabido... Las palabras acudieron a su mente por sí solas, como una úlcera en su alma. Intentó apartarlas. Intentó decirse a sí mismo que la estrategia que había seguido el Imperio en Ullanor habría sido la misma, pero su dolor no iba a permitirle ese consuelo.

Si lo hubieran sabido... Habrían luchado de forma diferente. Habrían priorizado más encontrar y eliminar a los psíquicos orkos. Se habrían centrado en la fuente de la fuerza de los pielesverdes y la habrían convertido en una debilidad.

Pensó en Vulkan. El primarca había deseado contar con la ayuda de las Hermanas del Silencio. Se había dado cuenta de la necesidad de disponer de un buen contrarresto para los psíquicos.

«Debía de saberlo», pensó Koorland. Volvió a intentar decirse a sí mismo que no habrían luchado de forma diferente.

Sabía que no era cierto.

Igual que no lo eran muchas cosas que se había dicho últimamente, pensó, esforzándose por mantener una imagen de sí mismo que le permitiera sobrellevar la responsabilidad asumida. Esa actitud le permitía mandar. Pero no se había dirigido a ninguna parte, más que al desastre. Los Altos Señores solo le inspiraban desprecio. Sin embargo, en aquel momento no estaba seguro de ser diferente a ellos.

Se obligó a centrarse en el momento presente.

—Puede que no veamos la clave de su debilidad en estos datos —dijo—. Pero es una debilidad y vamos a aprovecharla.

Sin embargo, una hora más tarde, aún seguía pensando en la diferencia, sumido en una espiral tóxica en la que su mente se perseguía a sí misma. Caminó solo por los adarves del Muro del Amanecer y alzó la vista a la noche de Terra. Hacía mucho viento y las nubes sulfurosas que había sobre el Palacio Imperial se agitaban, se rompían y volvían a formarse. Por los huecos que dejaba su furia penetraba la luz de dos lunas. Luna era una estrecha rodaja menguante. El resplandor que reflejaba la luna de ataque orka era más pálido, más frío y más siniestro. Esa amenaza había acabado, o al menos estaba contenida. Los orkos ya no estaban ahí y el satélite quedó bloqueado. Pero seguía siendo una presencia en el cielo terrano, un insulto y una herida en el corazón del Imperio. Ningún enemigo, ni siquiera derrotado, debería haber llegado jamás tan cerca.

Se imaginó otra luna. Se imaginó varias más. La próxima vez, quizá los orkos no se abstuvieran de desplegar sus armas gravitatorias contra Terra. Tal vez hubieran perdido el interés en conquistar. Habían sufrido una herida en Ullanor. Su venganza bien podría tomar la forma de la destrucción total.

Y, aun estando muerta, la luna no permanecía en silencio. Rugía. «SOY MASACRE. SOY MASACRE. SOY MASACRE». La retransmisión no cesaba. Era gigantesca. A Koorland no le costaría nada abrir un canal de vox y escucharla.

Decidió no hacerlo, pero la realidad del grito era otro veneno en el silencio tóxico. Las palabras de la Bestia martilleaban sobre Terra, desmoronando el espíritu de sus ciudadanos. El rugido se burlaba de los sacrificios de Ullanor. Declaraba la futilidad de todos los esfuerzos imperiales por detener a los orkos. Toda gran búsqueda, toda travesía, todo desafío, toda costosa victoria y toda

chispa de esperanza... no significaban nada. ¿Qué les quedaba de lo que habían conseguido en Caldera, en Ullanor? Incluso su victoria contra la luna se había convertido en una burla.

Koorland estaba en duelo, igual que el resto del planeta. No conocía el miedo, pero sabía que ese cáncer poseía todas y cada una de las almas mortales que había en Terra.

Las almenas del Muro del Amanecer estaban construidas a lo largo de muchas terrazas. Mirando hacia el este había torretas y emplazamientos de cañones en varios niveles, tantos que parecía que debieran ser capaces de matar al sol naciente si se atreviera a desafiar al Emperador. Koorland caminó a lo largo de la muralla. Se colocó en uno de los puestos entre las almenas y bajó la mirada a la erizada fuerza que se extendía a sus pies. No hacía mucho, esta perspectiva habría renovado su sentido del deber y su determinación. Ahora observó las defensas y pensó: no bastan.

Las armas no eran suficientes.

Igual que él.

Los pasos que se acercaban eran quedos, más por el deseo de no molestar que de no ser oídos. Koorland se volvió hacia la derecha. Drakan Vangorich, gran maestro del Oficio Asesinorum, se acercaba por la ancha avenida que coronaba la muralla. Entre las filas de almenas había suficiente espacio para que pasara un Baneblade, y el asesino era una figura diminuta en la noche. A ambos lados, los relieves tallados en las almenas celebraban el poderío imperial. Unas figuras heroicas abatían a sus enemigos con espadas y fusiles. La mirada de Koorland alternaba entre la brutal fortaleza de la piedra y el nervudo gran maestro. En el contraste, sintió un destello de inspiración. Pasó antes de que pudiera discernir su forma.

Al acercarse, Vangorich saludó con la cabeza a Koorland.

—¿Una vuelta a los orígenes? —preguntó.

—No —dijo Koorland—. La compañía Muro del Amanecer ya no existe. Y mi deber ya no toma el nombre de una sola muralla.

—Sin embargo, nunca estuvo limitado a ella.

—No, nunca. —Koorland suspiró—. Pero había un gran orden en ese nombre. El significado de los símbolos es poderoso.

—Igual que su pérdida —dijo Vangorich quedamente.

—Sí. —La aniquilación de la compañía Muro del Amanecer revestía escasa importancia en comparación con la pérdida de un Capítulo. ¿Y qué era eso, incluso, en comparación con la muerte de un primarca?

—He visto la grabación —dijo Vangorich.

—Para lo que nos sirve ahora...

Vangorich le lanzó una mirada severa.

—El derrotismo no te pega, lord comandante Koorland.

—La ingenuidad tampoco —dijo Koorland.

Vangorich guardó silencio un momento. Luego dijo:

—No hace tanto desde la última vez que hablamos en este muro.

—No, y no he venido aquí buscando que vengas a subirme la moral.

—Resultaría extraño, teniendo en cuenta mi particular cometido.

Koorland gruñó.

—Sin embargo, —prosiguió Vangorich— espero que escuches mi consejo.

—Sé lo que me vas a decir sobre ser un símbolo.

—Y negarás que sea cierto.

—Negaré mi capacidad para servir como tal.

—¿Negarás tu deber de serlo?

—Sabes que no —gruñó Koorland. El deber y la capacidad eran cosas muy diferentes y le molestaba que Vangorich las mezclara.

—No —dijo el gran maestro—. Nunca le has dado la espalda al deber. Siempre lo has cumplido. También en Ullanor.

—Para nada.

—¿Y quién habría sido más adecuado? ¿Quién debería haber dirigido en tu lugar?

Koorland no respondió.

—Vulkan puso gran parte de la campaña en tus manos, ¿no es así? —dijo Vangorich.

—Sí.

—¿Se equivocó? ¿Erró?

Koorland bajó la vista hacia el gran maestro y lo fulminó con la mirada. Una vez más, no dijo nada. No era capaz de decir en voz alta que Vulkan se había equivocado. No iba a cuestionar las decisiones finales del último primarca.

—Tomaré tu silencio por un *no* —dijo Vangorich.

—Estás jugando con las palabras —dijo Koorland—. No es ni divertido ni útil.

—Tienes razón —dijo Vangorich, con un tono repentinamente seco—. Un juego no tendría nada de útil. Los Altos Señores lo han demostrado una y otra vez y, por lo que veo, están muy dispuestos a demostrarlo de nuevo. No estoy jugando a nada. Lo que necesitamos ahora mismo es claridad, ¿no crees?

—Sí. —Hizo una mueca—. Nos habría venido bien la claridad de la información de Magneric en Ullanor.

—Exacto. La ofuscación, las ilusiones, el autoengaño y la ignorancia nos han traído el desastre.

«Como todo lo demás», pensó Koorland. Dijo:

—La conclusión a la que quieras llegar va a tener que ser impresionante, Drakan.

—¿Vulkan habló contigo antes del final?

—Sí.

—¿Y?

Koorland inspiró profundamente. Exhaló el aire con un estremecimiento, como si con ello pudiera expulsar las cargas y recuerdos que se habían ido acumulando dentro de su pecho como una nube tóxica.

—Me ordenó que siguiera adelante.

—¿Nada más?

—Me llamó «lord comandante». Dijo que yo era los Imperial Fists.

—¿Y vas a hacer caso omiso de esas palabras?

Koorland negó con la cabeza.

—No es tan sencillo.

—No veo nada sencillo en lo que estoy sugiriendo. Veo que tienes una enorme carga que llevar, una que es tremendamente compleja. Sin embargo, es tuya. La tomaste tras Ardamantua. La llevas desde entonces. Vulkan reafirmó tu deber de seguir adelante. Esa carga es tuya porque tienes la fuerza necesaria para soportarla. El primarca vio que eres el líder que necesitamos ahora. Igual que lo vieron todos tus hermanos. En todos los Capítulos.

Koorland entrecerró los ojos, incrédulo.

—Aquí no hay lugar para tus dudas, lord comandante —dijo Vangorich—. A menos que dispongas de una información más completa que la mía. ¿Ha habido algún desafío a tu liderazgo? ¿Acaso alguno de los Space Wolves supervivientes ha dado un paso adelante para declararse el alfa de la campaña?

—No —dijo Koorland—. Y te agradecería que te refirieras a esos Space Marines con mayor respeto. Han sacrificado mucho.

—Todos lo han hecho —dijo Vangorich suavemente—. Y la misión ha sido un desastre. Y, aun así, nadie te ha desafiado. Hay un motivo para ello. Ellos ven lo que vio Vulkan. Aguardan tus órdenes.

—Mis órdenes.

—Supongo que no irás a esperar a que los orkos ataquen primero.

Koorland sintió que las comisuras de los labios se le retraían. Al cabo de un momento se dio cuenta de que algo parecido a una sonrisa, fría, dura y hambrienta, había aparecido en su rostro.

—Eres muy bueno en lo tuyo —le dijo a Vangorich.

—Tengo que serlo.

Koorland estudió al gran maestro.

—Quizá deberíamos aprender de ti —dijo. Mientras hablaba, el sentimiento de inspiración regresó. Ahora era más fuerte. Más cercano a convertirse en algo que pudiera articular.

—¿Qué crees que podría enseñaros?

—Precisión —dijo Koorland. La idea estaba a punto de formarse—. Confías en unos pocos para que hagan un trabajo que afecta a muchos.

—Precisión es la palabra correcta —dijo Vangorich—. Lo que se necesita no es una fuerza arrolladora. Es el arma adecuada y el objetivo adecuado.

—Que nos ha faltado hasta ahora —murmuró Koorland.

—¿El arma o el objetivo?

—Ambos. Pensamos que habíamos encontrado a la Bestia en Ullanor. Vulkan dio su vida para matarla. Y ahora... —Señaló a la luna de ataque.

«SOY MASACRE», dijo el silencio.

Koorland sintió las palabras sin necesidad de oírlas. Vio que Vangorich se estremecía y supo que el gran maestro también las sentía.

—¿La Bestia sobrevivió? —preguntó Vangorich.

—No. Es imposible. Pero algo que tiene su voz sigue vivo. Y ese palacio de Ullanor...

—Ya —dijo Vangorich. Lo entendía. No se le escapaba el horror.

—Están creando un imperio —dijo Koorland—. Planean construirlo sobre las cenizas del nuestro.

Vangorich asintió.

—Los embajadores —dijo.

—¿Qué les pasa?

—Más indicios de la construcción de un imperio. Los pielesverdes están evolucionando las clases que van a necesitar para

que un imperio funcione. —Volvió a asentir para sí—. Por ello, no importa lo que haya muerto en Ullanor, la fuerza de la Bestia sigue viva. Tenemos que plantearnos qué implica esto para nuestra estrategia.

—Nuestro ataque fue demasiado torpe. No llegamos por sorpresa. Los orkos sabían lo que se les venía encima y se prepararon para recibirnos.

—¿A qué conclusión has llegado, entonces?

—Tenemos que seguir buscando a la Bestia. Sea cual sea la forma que adopte la fuerza que guía a los orkos, vamos a llamarla así. Si la destruimos...

—El imperio orko caerá —terminó Vangorich—. Una decapitación. Tienes que comprometerte a ello, lord comandante.

—Estamos comprometidos. Lo estábamos. Pero tenemos que cambiar nuestros métodos. Si vamos otra vez a por los orkos como lo hemos hecho, aunque pudiéramos volver a reunir un contingente como ese, volverán a ganar. Nos superan en número y en armamento. —Reconocer esto último fue lo más duro. Toda la historia de la lucha del Imperio contra los orkos había estado marcada por la superioridad de la tecnología humana contra la vasta marea de salvajismo de los orkos. Reconocer que la tecnología de los orkos había adelantado a la del Imperio era hurgar en una herida que no dejaba de reabrirse. Había sido el hecho más básico de la guerra desde Ardamantua, pero decir las palabras en voz alta sonaba peligrosamente cercano a capitular. Sin embargo, no enfrentarse a la realidad conduciría a la verdadera derrota—. Tenemos que golpearlos de otro modo.

La inspiración que había estado insinuándose al borde de su consciencia, irrumpió en ella. Tenía la claridad de una revelación. Acarreaba la misma certeza que había sentido cuando llamó a unificar el mando de los capítulos sucesores de los Imperial Fists. En aquel momento, igual que ahora, la epifanía había llegado tras una pérdida devastadora. En aquel momento, como ahora,

vio que su curso de acción no admitía duda. Podía cuestionar su propia valía. Sabía que lo haría. Pero el camino a seguir resplandecía ante él.

No veía lo que tenía que hacer como un motivo de esperanza. Era posible que fallara. Lo veía simplemente como lo que había que hacer. Era el único movimiento restante que quizá los orkos no pudieran contrarrestar.

—A veces —dijo Vangorich, dando voz sin saberlo a la revelación de Koorland—, un solo cuchillo puede ser más eficaz que un mandoble.

—Sí —dijo Koorland—. *Sí*. Como tu Oficio ha demostrado a lo largo de su historia. Estoy interesado en tus tácticas, Drakan. Tenemos que aprender de ellas. *Ese* es el consejo que me gustaría recibir de ti.

—Los Adeptus Astartes no son asesinos —dijo Vangorich. Sonaba cauteloso—. Hay caminos que debemos tener cuidado de no tomar, si no queremos repetir errores con un milenio de antigüedad.

—No somos asesinos —Koorland le dio la razón. Respetaba a Vangorich, pero, además, el gran maestro era el único miembro del Alto Consejo por quien sentía algo remotamente parecido a la confianza. Respetaba a Veritus y a Wienand, pero no confiaba en ninguno de los dos. Estaban demasiado sumidos en las maquinaciones políticas de los ordos. En el caso de Veritus, no confiaba en que actuase como dictaban las necesidades de la crisis inmediata. Pero ahora, cuando Vangorich había hablado, Koorland había visto aflorar al político que habitaba en él. Su advertencia era genuina. Pero, aun así, Koorland percibió una defensa territorial instintiva.

Vangorich no tenía que preocuparse. Koorland no tenía interés en el asesinato. El objetivo seguía siendo la decapitación. Y ahora podía imaginar un nuevo medio para ese fin.

—No quiero que me expliques nada de tu organización, tus

armas ni tus tácticas concretas —dijo Koorland—. Quiero que me hables de la estrategia general. De tu filosofía de la guerra.

Vangorich le dirigió una media sonrisa.

—¿Crees que el Oficio Asesinorum hace la guerra?

—Claro que sí, aunque use un nombre diferente.

Vangorich abrió las manos, concediéndole la razón.

—Sigue —dijo.

—Háblame del cuchillo y de cómo golpea.